Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 31 (2004)
Heft: 6

Artikel: Historia de navidad : cuando el niño Jesús murió en mi alma...
Autor: Hammel, Hanspeter
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-908599

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 07.01.2026

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

Peter Schnetz

Las luces navideñas dan encanto a las casas y hacen brillar los ojos de los niños.

Cuando el niño Jesús murió en mi alma...

Fue la Navidad del 1958 cuando dejé de creer en el niño Jesús.

DE –MINU

YA EN LAS PRIMERAS horas de la mañana sentimos esta trémula ansiedad previa al gran momento de la Noche Buena, un dulce temblor en el estómago, que sólo saben sentir los niños – niños que creen incondicionalmente en el maravilloso niño Jesús que trae los regalos de Navidad.

Esos niños le escriben cartas sobre papel navideño y antes de dormirse le envían al cielo unos fervorosos deseos.

Mis padres festejaban la Navidad con convicción. Transformaban el diciembre en un mes mágico y lleno de misterios. La puerta del dormitorio se cerraba con llave y cada tanto la dejaban un poco entreabierta para que pudiéramos atisbar un momento los paquetes de regalos apilados sobre el ropero. Así aumentaba más aun nuestra fiebre navideña.

Cada miembro de la familia tenía naturalmente su calendario propio de Adviento. Para ser auténtico tenía que tener mucho brillo. Las cursis ilustraciones de nieve y gnomos, venadillos y árboles de Navidad en un bosque nevado tenían que lucir rutilantes. Y cada vez que regresábamos de la escuela veíamos en la ventana de la sala una diáfana estrella iluminada. En aquel entonces, estas estrellas brillaban en todas las ventanas suizas - mucho antes de haber crecido los pinos con lucecitas en los jardines. Y antes de que las ciudades se convirtieran en shows navideños de Broadway, con guirnaldas de luces y fluorescentes figuras de Papá Noel.

En el calendario de Adviento la ventanilla con el número –24– siempre era la más grande. Y también la más misteriosa. «Sólo la deben abrir el día 24.» – nos insistían los mayores. «Quien no puede reprimir su curiosidad y trata de ver antes lo que hay en esa ventanilla experimentará un momento triste. La magia desaparecerá...».

Por eso esperábamos anhelantes la maravillosa mañana del 24 de diciembre. Entonces abríamos finalmente la última ventanilla – y la Sagrada Familia, sentada en la nieve bajo el pino navideño excitaba más aun nuestra alegre ansiedad por la celebración.

Pero esa mañana fue diferente. Hacía ya una semana que Rosie, mi amiga de la escuela, me insistía: «¡Ya no somos niños! No pasa nada si abres esa ventanilla antes...»

«Con ocho años aún todos somos niños» trataba de resistirme.

«Vosotros los varones quizás. Son unos tontos presumidos. Pero nosotras, las niñas, somos más avanzadas. ¡Yo ya abrí ayer mi última ventanilla. Y no pasó nada».

Sentí gran curiosidad: «¿Y qué has visto?»

«Y bueno, lo habitual – el pesebre y el borrico. La virgen María y...»

Finalmente me dejé convencer por Rosie. Y abrí muy cuidadosamente la ventanilla de cartón. Sólo un poquitín – para poder volver a cerrarla inmediatamente. Pero fue suficiente: vi al niño Jesús acostado en su pesebre... vi la corona de luces... y de pronto me invadió una profunda tristeza.

Cerré apresurado la ventanilla queriendo deshacer lo hecho – pero fue en vano. Mi corazón quedó apesadumbrado – y los felices días previos al gran momento, de pronto ya no fueron tan diáfanos y brillantes. A eso se agregó que Rosie me apartó y me dijo: «Eso del niño Jesús y los regalos es igual que con

los Reyes Magos, el conejo de pascua o San Nicolás: todos son cuentos para niños pequeños. Ya es tiempo de que tú también te despabiles – pues ya no eres un niño pequeño.»

En ese momento murió en mi alma el niño Jesús con todos sus maravillosos secretos y milagros.

Durante días rondaba triste por la casa, mi madre me observaba preocupada: «Espero que no te me vayas a enfermar…»

Ella no sabía que había ingresado al país de los secretos y que la magia había desaparecido.

Cuando ese día abrí la ventanilla grande del calendario ante los ojos de mis padres fingí sorpresa y alegría. «Oh – vean. La Sagrada Familia. Qué hermosa». Pero mi alma lloraba. Fue mi primera gran experiencia de la vida.

En la casa comenzaron los frenéticos preparativos para la Noche Buena. Mi padre tuvo que prometer por sexta vez que regresaría directamente del trabajo a la casa a las ocho y media. Era tranviario. Y más tarde, siempre repetía las historias de esos viajes de Noche Buena. «Es una sensación extraña. Vas sentado en tu trineo de chapa – al mediodía en la ciudad reina un fanático ir y venir de gente que carga paquetes o te consulta por un negocio donde aún pueden comprar una decoración para la punta del árbol de Navidad. Y luego esta exaltada agitación se reduce repentinamente. El silencio invade las calles - detrás de las ventanas de las casas titilan las primeras velas en las ramas de pino. Y conduces tu vehículo por una ciudad encantada. A veces suben unos ancianos – gente que esta noche no quiere estar sola…»

Mientras que mi padre cumplía su servicio, mi madre preparaba la sala de Navidad. Lo primero era tapar con cera el agujero de la cerradura: «Cuidadito con espiar – si lo hacen, el niño Jesús se irá volando inmediatamente…» nos advertía. Y «¿Han terminado la percha decorada para la tía Nelly?»

Lo único que me molestaba en la época previa a la navidad era esa permanente presión con las manualidades – particularmente para niños con dos manos izquierdas. A mis tías y tíos les regalábamos horribles platos de madera pintados, porta-rollos de papel higiénico y llaveros decorados. El orgullo adjetivo añadido por mi madre de «hecho por él mismo» tampoco disculpaba los resultados, en parte monstruosos. Pero los queridos parientes recibían estoicamente las perchas forradas, intercambiaban sonrientes miradas comprensivas y nos abrazaban diciendo: «Es justamente lo que había deseado».

Un fastidio semejante era la poesía navideña y el concierto de flauta dulce que nos endilgaban a los niños. Pero sin eso no accederíamos nunca a los regalos. Por lo tanto, recitábamos apresuradamente delante del pino las estrofas aprendidas de memoria mientras que nuestras miradas exploraban febrilmente la montaña de regalos en busca de los esquíes deseados. «No se apresuren… más despacio… Con emoción…», nos recriminaba entonces mi madre. Y el tío Alfonso bebía el primer trago de su petaca, porque los preliminares de la cena se le extendían demasiado.

Mi madre insistía en una celebración en un «marco tradicional», como lo llamaba. Primero había que cantar. Todos juntos. La primera estrofa de «Noche de Paz» todavía sonaba bastante aceptable - al llegar a «brilla la estrella de pa-az» ya estábamos en forma. Pero después «se acabó». Patinábamos con el texto, tarareábamos «lalairá» y nos mirábamos avergonzados en círculo. Sólo la abuela de la calle Kemsberweg observaba fijamente su cesto de regalos bajo el árbol contando disimuladamente los objetos, para constatar en el posterior balance durante la cena: «El año pasado había una botella más de vino Málaga…»

Después de las canciones venía la tortura de los niños, con las poesías y el concierto de flauta dulce. Por fin mi madre tomaba entre sus manos la Biblia y nos leía la historia sagrada. La tía Irmgard toqueteaba entretanto una vela afirmando con su bajo sonoro que ésa incendiaría pronto todo el árbol. Y a pesar de que la voz de mi madre se hacía más fuerte y la historia navideña se aceleraba cada vez más, ya había caído la palabra clave: «Es un descaro lo que cobran este año por los árboles de navidad».

Luego venía el «Amén» y después la cena.

El menú también era tradicional. En la casa se percibía durante todo el día el aroma de «Schüfeli» (carne ahumada) y de judías verdes disecadas. Formaba parte de la Noche Buena como las perfumadas nubes del horneado de masitas en el Adviento.

Después de la «Schüfeli» se servía la «brennti Crème» (crema quemada) con masitas y mandarinas. Nunca me gustó mucho la «Schüfeli». Cuando hacía años que era adulto, le rogué una vez a mi madre hacer para Noche Buena una Fondue chinoise, tan en boga en todas partes. Pero mi madre lo rechazó asustada: «De ninguna manera. Tu padre sería totalmente infeliz sin su «Schüfeli» de Noche Buena. Es nuestra tradición…» (En realidad, después del fallecimiento de mi madre, justamente fue ese padre quien me llamó por teléfono antes de Navidad: «Podríamos servir un menú diferente. Siempre comía la 'Schüfeli' por amor a tu madre.»

Así, la Noche Buena de 1958 esperaba, parado en la cocina, el tintineo de la campanilla desde la sala de Navidad. Mi madre cerraría la ventana cuando yo entrara atropelladamente y me diría con una sonrisa: «Ya vino el niño Jesús y se fue hace un momento».

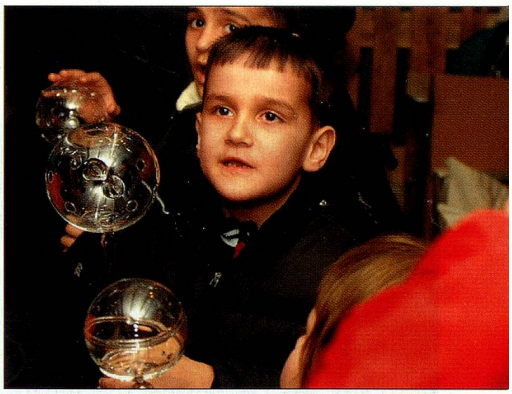
Los adultos observarían ansiosos mi rostro – deseando recuperar un instante de su infancia. Y tuve que fingir esa inocente alegría infantil.

Oí el lejano sonido de la campanilla.

Ingresé a la cálida sala – y las luces del árbol de Navidad me encandilaron…

Hanspeter Hammel alias -minu vive en Basilea y es columnista y autor de libros.

Peter Schnetz



Adornos de Navidad – hechos por niños.